

Amira, la virgen del hiyab

Nerea N



Amira
la
virgen
del
hiyab

Capítulo 1

Prefacio

Esta historia no retrata en su totalidad el tema del matrimonio en las culturas árabes. Tampoco es un reflejo de lo que ocurre en todos los países, ni en todas las parejas.

Sin embargo, hechos como los que aquí se relatan ocurren muy a menudo, especialmente en el campo, donde todavía se convoca a la familia a esperar fuera de la habitación de los recién casados, hasta la consumación del acto matrimonial, expresada en una sábana manchada con sangre virginal.

La noche de bodas, que se supone que se desarrollará con amor y ternura y dará comienzo a la luna de miel, en muchísimos casos se convierte en todo lo contrario, se convierte en una violación conyugal y legal.

No es nuestro objetivo criticar costumbres y tradiciones ancestrales, ni tampoco ir en contra de los postulados religiosos de millones de personas. Es más bien hacer un llamado a la reflexión, en nombre de incontables mujeres en el mundo, las cuales sufren grandes atropellos y humillaciones en nombre del honor. Y lo tienen que hacer en silencio.

Amira

Al Qasr, Egipto

1996

Las sombras de la tarde caían lentamente sobre el amplio patio de la familia Hasán. Madre e hija, una junto a otra, contemplaban desde lo alto de la terraza las pintorescas palmeras que rodeaban la antigua fortaleza sobre la colina. La ciudad de Al Qasr con sus más de cinco mil habitantes se levantaba tímidamente en medio de la llanura desértica de aquella zona de Egipto.

Hace muy poco tiempo que Amira había dejado de ser una niña, para convertirse en una preciosa adolescente.

—Haz hecho muy bien en acompañar a tu abuela estos dos años. Sin tus cuidados hubiera muerto mucho antes —le dijo su madre—. Comprendo el sacrificio que ha supuesto para ti, siendo prácticamente una niña, irte a

vivir con ella a una ciudad tan grande, teniendo que dejar la escuela.

—Lo sé madre, pero tú no podías dejar a papá solo con las ovejas y el olivar. ¿Crees que podré continuar estudiando?

—Y tu tía Fátima ha tenido que acompañar a su marido, y tu prima estudiando en Europa.

—Yo acompañé a la abuela con gusto, pero me gustaría seguir estudiando.

—Amira, hija, vivimos en un lugar pobre. Has logrado terminar la escuela primaria y una parte de la secundaria, cosa que muchas niñas de tu edad no han podido lograr. Y has podido estudiar con chicas solamente. Dicen que en la capital hay centros donde los niños y niñas estudian juntos ¡Qué barbaridad!

—Entonces, entiendo que no podré seguir estudiando.

—Hija, tengo que decirte algo importante. Realmente muy importante.

—Sí madre—le dijo mirándole a los ojos.

—Anoche, tu padre y yo recibimos una visita.

—¿Acaso ha venido otra vez el señor que se mudó nuevo al pueblo a proponer algún negocio? Me pareció verle ayer aquí, y no me gustó el rostro de padre, mientras hablaba con él. Es un desconocido, y no deberíamos fiarnos de él.

—Ese señor se llama Halim. Vive cerca de aquí desde hace poco tiempo. En realidad, vino a algo muy importante. Vino a pedir tu mano para su hijo Kamal.

Amira palideció. Tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer en pie.

—¿A pedir mi mano? —balbuceó.

—Sí hija, y debes alegrarte. Tendrás un esposo. Serás una mujer casada. Tendrás hijos. Es lo normal en la vida.

—Y, ¿cómo es el hijo? —dijo, casi sin fuerzas.

—Es un hombre fuerte. Nunca se ha casado. Trabaja en el campo con su padre. Ambos compraron una casa a la salida del pueblo, subiendo por la calle del Curtidor, justo antes de llegar a la plaza de la fuente.

—¿Qué edad tiene? —los grandes ojos de Amira se dirigieron a su madre en una mirada suplicante.

—Treinta y cinco —ya sé que es un poco mayor para ti, pero todavía es joven y fuerte.

—Casi me dobla la edad —y la voz casi se le ahogaba por las ganas de llorar.

Amira no pudo contener las lágrimas, y entró a la casa. Se metió en su habitación enseguida. Era evidente que aquella noticia no solo la había tomado por sorpresa, sino que la había perturbado en gran manera. Sabía que intentar convencer a su madre sería inútil.

Poco después ella entró a su cuarto. Se acercó por detrás, muy despacio y la abrazó.

—Yo también me puse muy nerviosa cuando me dijeron que me habían pedido en matrimonio. Y ya ves. He sido bastante feliz con tu padre.

—¿Te agradaba mi padre cuando pidió tu mano? —preguntó Amira, tratando de recuperar la compostura.

—Ni me agradaba ni me desagradaba. De hecho, yo no lo conocía. Un tío de él conocía a mi padre, y al saber que yo estaba en edad de casarme, le presentó a sus padres y ellos pidieron mi mano. Poco después nos casamos y al poco tiempo llegó tu hermano y después tú.

—Es que yo no conozco a ese hombre.

—Eso no importa. Tiene su trabajo y podrá mantenerte. ¿No querrás quedarte solterona?

—Madre, es que ese señor, si tiene esa edad, me saca muchos años —dijo suplicante —, además, nunca lo he visto.

—¿Te acuerdas de Nora, la niña que estudiaba contigo en la primaria?

—Sí, recuerdo que sus padres la sacaron de la escuela, hace años y se la llevaron a otro pueblo.

—Pues hace poco supe que cuando la sacaron de la escuela fue porque un señor libanés la pidió en matrimonio y se la llevó a su país. Tenía 11 años y el marido 50.

—Pobrecilla. Podría ser su abuelo —dijo, intentando consolarse.

—Pero no lo es. Y le dará un hogar y una familia. Como ha sido toda la vida.

—Qué tristeza, ¿verdad?

—No te preocupes, que no es tu caso y todo va a salir bien—le dijo, mientras le tendía la mano —Y ahora nos vamos a la cocina, que esta tarde haremos Kibbeh para cenar. A tu padre les gustan mucho.

—Es que tú las haces deliciosas madre —dijo intentando recomponerse. Nadie en el mundo prepara como tú esas albóndigas de cordero con nueces.

—Ahora ponte el hiyab y ve al mercado a traer medio kilo de nueces. Te daré 70 libras. Con lo que te sobre, trae un litro de leche. Cada día las libras egipcias valen menos, y todo está más caro. Y espera a que te devuelvan hasta la última piastra. No estamos como para dar propinas.

Y salió rumbo al mercado. Deseaba caminar, estar sola y reflexionar sobre lo que había sucedido, pero si se desviaba para hacerlo, las Kibbeh no estarían a tiempo para la cena, y a su padre le gustaba cenar temprano.

Amira tenía unos grandes ojos color miel. El pelo ligeramente ondulado y largo le caía sobre los hombros. Siempre que salía a la calle se lo cubría. Era delgada y de piel morena. Desde que llegó a la adolescencia, su madre le había enseñado a vestirse de acuerdo a la cultura de su entorno, Siempre llevaba vestidos por debajo de las rodillas, como correspondía a las tradiciones de su país. Era toda una mujer.

Su rostro, de facciones suaves, estaba marcado por una pequeñísima cicatriz en su ceja izquierda, un vestigio de algún accidente de la infancia, lo que le daba un aire de vulnerabilidad.

Era delgada, pero no frágil, su cuerpo mostraba la fortaleza física de alguien que ha trabajado o ayudado en tareas diarias, pero su postura y sus movimientos eran gráciles y mostraban una feminidad muy marcada.

La visita

Pocos días después de la petición de mano, los acontecimientos se precipitaron a gran velocidad.

Las familias de Halim y Hasán tomaban el té en el salón. Amira permanecía en su cuarto, y el novio no había asistido, como era costumbre, cuando los padres iban a tratar algún asunto delicado. La presentación de los novios sería otro día.

Luego de los preliminares, Aaliyah, la madre del joven, pidió permiso para hablar.

—Teniendo en cuenta que hoy hemos fijado la fecha de la boda, quisiera hacer una pregunta: ¿Es cierto que Amira estuvo viviendo con su abuela hasta hace muy poco, en el norte?

—Sí, respondió Leila. No tuvimos otra opción. Mi madre estaba muy enferma, mi única hermana no pudo acompañarla y Amira estuvo con ella hasta que murió.

—¿En qué ciudad?

—Alejandría.

Aaliyah no pudo disimular una mueca de disgusto.

—Una ciudad del norte. En esas ciudades abunda el pecado y la perversión —reflexionó circunspecta—. Se están perdiendo nuestras tradiciones.

—Bueno, en realidad nuestra hija no se movió de la casa de la abuela.

—No queremos causarles ningún inconveniente, ni queremos que esto se vea como un agravio a la familia —la voz de Aaliyah era cada vez más baja—, pero Halim y yo queremos pedir una prueba de virginidad para la novia.

Leila y Hasán palidieron. Sentían una profunda indignación por la insolencia de aquella mujer. La madre de Amira se puso en pie.

—No lo veo necesario —exclamó sin poder disimular su enojo—. Ha estado siempre con nosotros y con su abuela. Se ha criado con niñas. Nunca ha estado cerca de un hombre, que no sea su padre o su hermano.

Aaliyah también se puso de pie, y dio un pequeño paseo alrededor del amplio sofá. Sacó un pañuelo y se limpió discretamente el sudor que comenzaba a aparecer en su frente.

—Ha vivido durante dos años en el norte. ¿Estabas tú con ella en esa ciudad? —le preguntó con sorna—. ¿Conocías todos sus pasos? Es una mujer muy guapa. Cuando iba al mercado, o a la farmacia ¿Contrataste a alguien para seguirla? ¿Y si se enamoró de algún chico, y se dejó guiar por las concupiscencias de la carne? A esa edad ya se siente deseo, ¿me comprendes? o si fue violada y por vergüenza nunca dijo nada a nadie?

— Nunca ocurrió nada de eso—afirmó Leila tajante.

—¿La has revisado a su regreso? ¿La has llevado al médico? ¿La has examinado tú misma? ¿Le has pedido que abra bien las piernas y has mirado a su intimidad? ¿Has visto con tus propios ojos su pureza intacta, después de dos años en una ciudad del norte?

—No, nunca ha sido necesario. Ella vivía con su abuela, en las afueras, y nunca se relacionó con nadie. Solo ellas dos. Nadie más. Yo la llevé y cuando mi madre murió, la fui a buscar y la traje conmigo.

Hasán intervino.

—El honor y la decencia de nuestra familia es lo primero. Yo también creo que no es necesario. Amira ha sido criada conforme a la ley de Alá. Sin embargo, teniendo en cuenta que ustedes como familia del que será su futuro esposo lo piden, así será. No podemos permitir que quede ninguna duda de su pureza ni de la educación que le hemos dado.

—Perfecto —dijo Aaliyah levantándose para despedirse. Su esposo le siguió con ademán decidido y se dirigió al padre de Amira.

—Estas cosas es mejor que la resuelvan las mujeres, ¿no crees Hasán?

La cara del padre de la chica expresaba una dosis de disgusto sin límites.

—Lo antes posible pediré una cita para ver a una doctora en Medicina y realizar la prueba, y les entregaremos el certificado—precisó el padre.

Ambas familias se despidieron en la puerta.

Leila entró al cuarto de su hija. Estaba visiblemente contrariada por las impertinencias de su futura consuegra. Sin embargo, sabía que no podía oponerse. Si lo hacía, la familia cancelaría el matrimonio y nadie podría detener los comentarios maliciosos, y lo que era peor, quedaría una eterna duda sobre Amira y sobre la familia.

Entonces empujó la puerta.

—¿Cómo ha ido todo madre?

—Dentro de lo normal. Por cierto, te casarás el mes próximo.

—¿Qué? —dijo estupefacta.

—Tengo que preparar la cena. Hablaremos en otro momento.

Y salió de la habitación, tratando de que Amira no viera las lágrimas que

le empezaban a correr por el rostro.

Kamal

Amira bajaba la estrecha calle que conducía de su casa al mercado. Rodeada de grandes rocas y trozos de muros milenarios, se extendía como una gran S, curva tras curva, desde su barrio hasta el centro del pueblo. Un gato negro y blanco que vagaba sin rumbo, se unió a la chica. Ella se inclinó y lo acarició en el lomo, y sonrió mientras el minino levantaba la cola. El olor a kebab, a canela y a azafrán llenaba el aire a medida que se acercaba.

Desde una carreta llena de hierba, tirada por un burro, a dos calles de distancia, Kamal y su padre observaban a la chica, que caminaba rumbo al mercado.

—Sí que es bonita, y pronto será tu esposa. En la próxima visita te la presentaremos. Espero que salga todo bien. Me ha costado mucho conseguirte una novia.

—¿Cuánto te ha costado? —preguntó Kamal curioso.

—Hacerme cargo de las deudas de Hassan. Mi hermano me comentó que estaba a punto de ir a la cárcel, por todo lo que debía a sus acreedores. Fue ahí que vimos que tenía una hija soltera. Es tal vez demasiado joven para ti, pero espero que puedas dominarla. Y para eso hay que hacerlo desde la primera noche.

—¿Desde la primera? —preguntó Kamal con la torpeza que lo caracterizaba.

—Primero tendré que darte mis consejos, pero eso será cuando falten pocos días para la boda. Tú nunca has estado con una mujer.

—Tú sabes que en el maldito pueblo donde vivíamos no había chicas. Las pocas mujeres que viven allí están todas casadas.

—Ya, por eso tu madre y yo te hemos conseguido novia. ¿Estás contento con la boda?

Kamal nunca se había casado. La gran mayoría de los hombres a su edad ya lo habían hecho, incluso ya tenían varios hijos, pero él ni siquiera había tenido novia. Era de carácter más bien violento, sobre todo cuando las cosas no salían como él quería. Y siempre que se ponía nervioso, se le trastabillaban las palabras.

—Estoy contento padre. Quisiera que la boda fuera hoy mismo

—Será pronto—dijo, dando unas palmadas en su espalda y esbozando una pícaro sonrisa—. Todavía tengo que enseñarte algunas cosas, antes del gran momento.

—No hace falta. Ya mis amigos me han explicado lo que hay que hacer. Algunos de ellos han ido a un burdel clandestino en Asuán.

—¡Por Alá! No me hables de esas cosas. Sabes que son contrarias a la ley de Dios. Eso es "haram", es pecado. No debemos hacer esas cosas. Solo debemos hacer aquello que es "Halal", o sea lo bueno.

En ese momento el burro se detuvo, y aunque mucho lo arrearon para que avanzara, no hubo forma de que lo hiciera. Kamal cogió un palo que llevaba consigo y se bajó de la carreta a toda prisa.

—Maaaldito burrooooo —dijo levantando la tranca —verás como te doy una paliza que te mato aquí mismo.

Su padre se bajó a toda prisa y lo aguantó.

—Hey...hey...espera hombre—le gritó mientras forcejeaban—suelta ese palo. ¿No ves que si lo matas nos quedamos sin fuerza de trabajo? Dame el garrote, ahora, dámelo.

Kamal estaba fuera de sí. Dio dos golpes contra la carreta, tiró el palo y volvió a subir.

—Tienes que controlarte. Ese es uno de los problemas que tienes. Te vas a casar pronto. El matrimonio requiere de mucha paciencia.

Kamal sujetó con firmeza las riendas de la carreta, al notar que el jumento había reanudado la marcha.

Ambos se perdieron por la calle llamada de las Ovejas, que daba a la pequeña granja de dátiles del hermano de Halim.

Prueba de virginidad

Los rayos del sol apenas calentaban la mañana. Amira y su madre descendían del autobús y se dirigían al centro médico de una localidad cercana.

—Todavía no me has dicho por qué vamos al médico.

Leila se detuvo junto a uno de los bancos de un pequeño parque que estaba a una calle de la consulta. Le faltaba un poco el aire. Nunca solía

caminar tanto. Se sentó,

—Siéntate a mi lado —le dijo, agarrando su brazo y atrayéndola junto a ella.

—¿Pasa algo? —te veo cansada.

—No es nada. Como sabes te vas a casar. La semana próxima tu prometido irá a conocerte oficialmente y haremos las presentaciones.

—Si de mi depende, yo no quisiera casarme. Al menos no por el momento.

—Tú sabes que no puedes decidir eso. Toda la vida ha sido la familia la que ha arreglado el matrimonio, y tú no vas a cambiar las tradiciones.

—No quiero ni pensar en eso—afirmó —y en aquella corta frase se podía palpar su tristeza.

Amira bajó la cabeza. Su madre continuó.

—Ahora te va a examinar una doctora. Te va a pedir que te quites la ropa y te va a revisar dentro de las piernas.

—¿Dónde? —preguntó extrañada.

—Tus partes íntimas Amira, el "kis". Eso se lo hacen a todas las chicas antes de casarse—mintió —. Cuando la doctora te indique, tendrás que quitarte el "sarawil", (las bragas), y dejar que te examine.

—Eso me da mucha vergüenza, madre.

—Sí, pero tenemos que hacerlo —le explicó —. Por suerte no es un hombre. ¡Qué horror! He oído que, en la capital, hay médicos hombres que examinan mujeres. Creo que preferiría morirme, antes que desnudarme delante de un doctor.

—No duele, ¿verdad? —preguntó con su inocencia característica.

—No, solo te van a mirar —le aseguró, levantándose e invitando a su hija a continuar caminando —. Ya me encuentro mejor.

Las dos mujeres llegaron al centro médico. Luego de una corta espera, entraron a la consulta. Después de escribir los datos personales y el motivo de la visita, la doctora pidió a la chica que pasara a la habitación contigua.

Una vez allí le pidió se desnudara de cintura para abajo, y se acostara en la camilla, con las piernas bien abiertas. Encendió la potente bombilla de la lámpara de pie, se puso un par de guantes y después de separarle bien los labios, procedió a observar. Enseguida le dijo que ya podía vestirse.

Mientras se vestía, la madre y la doctora conversaban muy bajito, tratando que la chica no escuchara.

—¿Todo bien doctora? —le preguntó.

—Sí, no ha sido necesario introducirle los dedos, que es lo que hacemos habitualmente cuando hay duda, porque a las claras se puede observar que la membrana que cierra la vagina de su hija está intacta.

—Entonces, ¿me dará el certificado? —pregunto la señora, preocupada.

—Sí, por supuesto. La virginidad de Amira es evidente.

—Eso es lo más importante. Que pueda demostrar a su futuro marido con honor.

La chica regresó de la habitación de exámenes, cuando su madre, recibía el Certificado, y se despedía de la doctora. Ambas salieron.

—¿Todo está bien, madre? ¿Para qué me han mirado ahí? —intentó averiguar, mientras caminaban hacia la parada del minibús.

—Todo está bien hija. Sin embargo, tendremos que tener una conversación importante pocos días antes de la boda. Ese día te explicaré todo, como me lo explicaron a mí hace más de veinte años.

—Cuando quieras madre, y te lo voy a agradecer.

Leila se sentía satisfecha. Ahora podría restregarle en la cara a la víbora de su consuegra, aquel certificado médico legal. A ver si se estaba tranquila por un tiempo.

Petición de mano

El día de la presentación de los novios, Amira quedó muy decepcionada. Todo se hizo según lo que mandan las costumbres, pero cuando ella salió de la habitación y vio a su prometido, tuvo que contenerse para no romper a llorar.

Kamal no solo tenía más de la mitad de su edad. Estaba pasado de peso, y le faltaban varios dientes. Y lo que era peor, tenía una expresión sádica

en su rostro, que daba la impresión de que no estaba bien de la cabeza.

Aun así, Amira se comportó adecuadamente. Tuvieron una cena especial, que ella y su madre prepararon con esmero. Un delicioso puré de garbanzos con pasta de sésamo, y una Kobeiba, hecha de carne, pescado y nueces. De postre degustaron un sabroso platillo llamado Omm Ali, un exquisito pudín de color dorado, con masa de hojaldres, leche y azúcar.

Mientras se despedían, Leila pidió a su consuegra Aaliyah que se quedara atrás un momento, y le entregó el Certificado de Virginidad de su hija.

—Muy bien—le susurró al oído —, ahora ya puedes ir preparando el "mandil", espero que lo manche muy bien—y sonrió de tal forma, que Leila no pudo distinguir si era picardía o pura maldad.

La sola mención de aquella palabra le transportó veinte años atrás y le causó horror al pensar que se acercaba la noche en que su hija tendría que pasar por lo que ella había pasado.

La familia del novio finalmente se marchó.

El sol volvía a ocultarse en su eterno ciclo. La madre de Kamal le pidió a su hijo que fuera delante, ya que ellos tendrían que ir hasta la mezquita para hablar con el imán sobre la boda. Cuando Halim y Aaliyah se quedaron solos, bajando por las callejuelas que comunicaban la casa de la novia con el lugar de culto, la mujer comenzó a hablar.

—Creo que valdrá la pena el sacrificio que hemos hecho, al asumir las deudas del infeliz de Hasán.

—Y es un sacrificio grande, por cierto, porque hemos tenido que vender una de las dos granjas que me dejó mi padre. Ahora somos más pobres que antes.

—Pensé que no sería necesario tanto. De todas formas, espero que valdrá la pena. Sabes cómo quiero a nuestro hijo, pero es medio tonto, y ya con 35 nadie nos querría dar a su hija para casarla con él.

— A veces tengo mis temores —reflexionó el marido—. Creo que él no sabe a lo que se enfrenta. Un matrimonio requiere mucha responsabilidad, y nosotros ya estamos viejos.

—Tienes que hablar con él claramente. Tampoco sabe nada sobre mujeres. Tendrá que demostrar su virilidad. Tendrás que enseñarle, porque nuestro honor estará en juego cuando esa noche salga de la habitación para mostrar a toda la familia que ha podido consumir el

matrimonio con una virgen.

Halim se detuvo un momento, y miró muy serio a su mujer.

—Tengo grandes preocupaciones respecto a ese momento Aaliyah—dijo lanzando un profundo suspiro—. Ojalá que todo salga bien.

—Y yo ya tengo en mi poder el certificado de la chiquilla. La verdad es que hubiera querido revisarla también. Me hubiera quedado más tranquila. Así lo hacían nuestras madres y abuelas.

—No te preocupes mujer. Es casi una niña. No ha tenido tiempo de hacer nada todavía ... ni con quien—dijo bajito—. Anda, aprieta el paso, que se nos va el imán.

Y ambos continuaron su camino.

Confesiones

Cuando la familia de Halim se marchó, Hasán se fue a dormir enseguida.

Leila le pidió a su hija que se sentara junto a ella en la sala.

—Hija, ¿Qué te ha parecido Kamal?

—Madre yo... —Amira se detuvo incapaz de continuar— no quisiera casarme con Kamal. No lo conozco, es mucho mayor. No me agrada.

—Hija, si no lo haces tu padre acabará en la cárcel, y nosotras moriremos de hambre.

—Es lo de las deudas, ¿verdad?

Leila guardó silencio—. Sí que era lo de las deudas del padre, pero si no hubiesen existido deudas, la hubieran casado también, porque la mujer tenía muy poco que decir al respecto. En realidad, nada que decir.

Amira conocía la precaria situación económica que enfrentaban desde hacía tiempo. Su padre había tenido que empeñar el olivar, que era la única fuente de sustento familiar. Al vencerse el plazo, no había podido pagar y al mes siguiente lo perdería todo. En ese momento apareció Halim, un hombre que, junto a su mujer y su hijo había venido a vivir hace poco al pueblo, procedente de una pequeña villa de los alrededores, y que se había enterado de la crisis familiar. Desde hacía muchos años, Halim trataba de conseguir una esposa para su hijo, pero no había tenido suerte, no solo por la escasez de chicas casaderas en aquella región, sino también porque la muchacha anterior con la que se iba a casar, logró convencer a sus padres para que no conciliaran finalmente el matrimonio.

Y aquello sí que había sido un milagro, porque lo logró.

—Te preguntaba que si mi padre perdería todo por las deudas —insistió.

—Sí. Se vencieron los pagos y los intereses se multiplicaron. Ya no solo sería suficiente perder el olivar, ahora iría a la cárcel por no poder hacerse cargo del monto de los intereses del préstamo. Tú padre no solo empeñó el olivar, sino que pidió una cantidad de dinero muy superior, con la condición de que la pagaría en el plazo acordado. Y no pudo pagar. De repente se presentó ese señor, Halim, y se ofreció a hacerse cargo de todo.

—Y a cambio pidió mi mano—dijo entre sollozos—mi mano para el imbécil de su hijo.

—No hables así —dijo su madre subiendo el tono de la voz—no sea irrespetuosa.

—Es la verdad. Ahora ustedes me han convertido en parte del pago de la deuda.

—Tu padre podrá quedarse con el olivar, y trabajarlo y comer de él hasta que muramos. La vida es un sacrificio continuo.

—Para unos más que para otros. No puedo entender lo que han hecho. Yo no le haría eso a una hija mía.

—Es lo que se hace siempre. De toda la vida los padres concertamos los matrimonios. Conmigo lo hicieron también —dijo intentando acariciarle el pelo—. Amira se quitó bruscamente. Se sentía herida en lo más profundo.

—Estás molesta. No te diré nada más.

—Y ¿cómo quieres que esté?, ¿te imaginas lo que es pasar el resto de mi vida al lado de una persona que ni me gusta ni quiero?

—El querer viene con el tiempo. No pretendas cambiar el mundo donde has nacido. Me voy a acostar ya—dijo levantándose del sofá—Pronto hablaremos de tus deberes de esposa, y de tu noche de bodas.

Leila se fue a dormir junto a su marido. Amira se acercó a la ventana y la abrió. El aire suave refrescó la estancia. Las sombras de la noche caían sobre Al Qasr y a lo lejos se vio una estrella fugaz. Amira pidió un deseo: "Que no tenga que casarme con ese señor". Pero en el fondo sabía, que no sería concedido su deseo.

Y se quedó inmóvil, durante un rato, frente al ventanal.

Instrucciones femeninas para la noche de bodas

Faltaba solo una semana para la boda. Leila esperó a que su marido saliera a trabajar en el olivar. Llevaba días pensando en hablar con Amira, en tener aquella conversación que todas las madres tienen con sus hijas.

Amira había vivido toda la vida con ellos, excepto aquella temporada que pasó con su abuela en Alejandría. Había estudiado con niñas. Siempre había estado bajo su supervisión, o la de su madre, que era una mujer tan o más recta que ella, especialmente en lo concerniente al cumplimiento de las leyes y tradiciones. Nunca habló nada con ella relativo a cuestiones sexuales. Y estaba segura que la chica jamás se había juntado con alguien que le hablara de ello. En la escuela tampoco, ya que cualquier referencia a la intimidad estaba terminantemente prohibida.

Por un momento valoró la posibilidad de que su hermana, que era más joven que ella, hablara con Amira sobre sus deberes conyugales, pero pensó en Aaliyah. Si su consuegra se enteraba que ella no era la que le había explicado todo, y algo salía mal, tendrían un conflicto familiar seguro. Ella tenía que garantizar que todo saliera bien, al menos en ese sentido.

Llamó a su hija, y le pidió que entrara a su habitación. Ambas se sentaron en la cama.

—Amira, tenemos que hablar sobre la boda, específicamente sobre la noche de bodas. Es difícil para mí, porque me da vergüenza hablar de estas cosas, y sé que a ti también, pero tengo que hacerte algunas preguntas y aclararte algunas cosas.

—Me asustas madre.

— A ver, ¿qué crees que ocurrirá cuando Kamal y tú se queden solos en la habitación nupcial?

Amira se sonrojó profundamente.

—Pues supongo que tendremos que hacer lo que hacen las personas casadas. Tener relaciones íntimas.

—¿Quién te ha enseñado eso? —preguntó Leila alarmada.

—Mamá, ya no soy una niña. No sé exactamente cómo serán los detalles, pero por lógica entiendo que los bebés no vienen de París en una cigüeña.

—Te voy a explicar algunos detalles. Te has convertido en una mujer en muy poco tiempo. Cuando nos convertimos en mujeres, si tenemos la suerte de que un hombre quiera casarse con nosotras, lo hacemos y tenemos hijos, pero para tener hijos tienes, como bien has dicho, que tener relaciones, quiero decir “acostarte con tu marido”.

—Es lo que te he dicho. No sé cómo se hace, pero sé lo que se hace.

— Tú tienes tú parte íntima femenina — dijo, señalando hacia abajo.—. Digamos que es como una puerta, pero como nunca te has casado, esa puerta está cerrada con una pequeña florecilla a la entrada. En la noche de bodas, tu marido romperá esa flor y abrirá esa puerta. Y cuando la esté abriendo te dolerá y te saldrá sangre. ¿Me has entendido?

Leila quedó en silencio. Por un instante regresó a su noche de bodas, veinte años atrás

Suhag, Egipto

1976

Leila y Hasán habían entrado a la alcoba nupcial media hora antes. El resto de la familia esperaba en el salón. Las madres de ambos también esperaban al otro lado de la habitación. Solo una delgada pared de cartón tabla las separaba de los recién casados. Se oía la respiración de ambos, los movimientos sobre el colchón y hasta los quejidos de Leila, que trataba de disimular con la mano sobre la boca. Al escucharla, su suegra y su madre sonreían. Enseguida Hasan dio tres toques en la pared. Era la señal para que las madres supieran que el acto se había consumado.

Entraron inmediatamente. Él, con una sonrisa triunfal. Ella, asustada, tratando de cubrirse con la sábana.

—¿Dónde está el mandil? —preguntó a su hijo.

—Aquí madre —, dijo Hasan, entregándole la pieza de tela, con una gran mancha de sangre en el centro.

—Ahora sal y muéstrala a la familia.

Mientras lo hacía, las dos señoras se dirigieron a Leila, aún en la cama.

—A ver, que no te dé vergüenza —le dijo su madre, quitándole la sábana de encima— abre bien las piernas. Leila quedó completamente desnuda—

acércate Ana—le dijo a su consuegra.

—No te sientas mal, hija. Todas pasamos por esto—dijo la madre de Hasan.

Aquí está el honor de tu hijo—apuntó, señalando a la entropierna de Leila, que todavía tenía manchas frescas de sangre entre los muslos.

Leila se tapó la cara con la almohada.

—¿Ves esto Ana? —le dijo, separando con sus dedos la intimidad de Leila —ya está abierta. Te acuerdas cuando la revisamos, lo diferente que lo tenía.

—Sí, se ve a las claras que mi hijo es muy viril. Hoy se ha unido el honor de nuestras familias. La virilidad de Hasán y la virginidad de Leila. Ahora salgamos a celebrar con los invitados, mientras ella se lava.

Ambas mujeres salieron, dejando a Leila en la habitación.

—Madre...madre. —Leila parecía ausente.

—Lo siento hija, es que me he entretenido.

La mujer se levantó y abrió una gaveta del ropero. Sacó un pequeño paquete y lo desenvolvió.

—¿Qué es eso? —preguntó al ver que su mamá desenvolvía un paño, cuatro o cinco veces más grande que un pañuelo, con una mancha roja en su centro.

— Es mi "*mandil aleudhria*". Tú también tendrás el tuyo. Es la prueba del honor, y de la pureza de una mujer, y no solamente de ella, sino también de la familia. La mujer debe conservarlo toda la vida. Después que los asistentes lo hayan visto, lo guardarás con celo.

—Es que eso da mucha vergüenza madre. ¡¿Y qué si yo no quiero que todo sea así?! Si no quisiera guardar ese pañuelo grande manchado, o si no soy capaz de hacer eso la primera noche, por el dolor, o lo que sea, ¿qué pasará?

—Hija, eso no es así—exclamó Leila, evitando su mirada —. No puedes ir en contra de las costumbres y tradiciones de toda una vida. Una vez que te hayas casado, tu cuerpo no te pertenece, será de tu esposo y él podrá hacer lo que quiera contigo. Me preguntas que qué pasará. Tu marido quedaría expuesto a la vergüenza perpetua, ya que pensarán que no ha

sido lo suficientemente hombre como para desflorarte, o lo que es peor, pensarán que no eres virgen. Sería una verdadera catástrofe para ambas familias. Tendríamos que irnos del pueblo. Y probablemente a donde vayamos, llegarán las noticias de nuestra desventura. Y nadie jamás nos considerará ni respetará por eso.

Ahora, te voy a decir con detalles como debes conducirte en tu noche de bodas. Si tienes alguna duda, me preguntas.

Primero, tendrás un tiempo para ti sola, antes que tu esposo entre.

Estarás bien limpia. Todo tu cuerpo, y de forma especial tus partes íntimas. Te puedes volver a duchar, o simplemente lavar. Te pondrás este conjunto de ropa interior—dijo sacando otra caja del ropero—. Es importante que tu esposo te desee. Recuerda que cuando hayan consumado, el éxito también será tuyo.

Después te echarás unas gotitas de perfume en tu cuello, detrás de la nuca, mira que delicia—, y le acercó el frasco con olor a puro jazmín.

Amira entre asustada e intrigada, hizo que lo olía, pero no dijo nada.

—A continuación, te pondrás esta bata de noche—dijo, desenvolviendo un hermoso *deshabillé*—. Una vez que tengas la ropa interior, y la bata encima, tocas la campanita y tu esposo entrará a la habitación. Lo esperarás sentada, al borde de la cama o acostada.

—¿Y qué debo hacer después? —preguntó sonrojada.

—A partir de ese momento tú ya no decides. Eso depende de él. Tú te dejas hacer. Si te da vergüenza, o sientes miedo, te aguantas y no dices nada.

Después, ya sabes, él tratará de “abrirte la puerta.” No le digas que se quite ni que pare. Ni se te ocurra alejarlo con las manos. Puede verlo como un rechazo a su persona.

—Y, ¿a qué se parece ese dolor que dices que sentiré?

—Depende. A tu tía apenas le dolió—vaciló un momento—, si me prometes que nunca dirás nada a nadie, te contaré un secreto.

—Claro que te lo prometo.

—Cuando el marido de tu tía Fátima “abrió la puerta”, no salió sangre. Ninguna.

—¿Y qué hicieron con lo del paño? —preguntó Amira abriendo los ojos, en señal de asombro.

—Él se hizo un pequeño corte en la pierna, y manchó el mandil. Después salió y lo mostró a la familia.

—¿Te imaginas cuántos mandiles o sábanas habrán manchado así?

—No muchos, digo yo—La madre vaciló por un instante—Sin embargo, debes saber que no todos los hombres son así. La mayoría, cuando no ven la sangre, devuelven la novia a los padres o la llevan al médico para que les diga si ella había tenido relaciones antes. Y algunos hasta cometen un crimen de honor. Pero no te preocupes. Son excepciones. Contigo no va a pasar.

—¡Ay Dios! —suspiró—. Al final no me has dicho cómo es ese dolor. ¿A qué se parece?—apremió temerosa.

—En mi caso fue ... a ver como te lo explico ..—Leila vacilaba. No era común que las madres hablaran de intimidades con las hijas, pero la ocasión bien lo merecía—... llegué a pensar que "lo de tu padre tenía una cuchilla en la punta"—sonrió sin ganas—. Es una mala comparación, seguramente. Qué tonta soy. Todas las mujeres no sienten lo mismo. No quisiera ni acordarme. Lo bueno es que después de abierta la puerta, ya nunca más te dolerá de esa manera, al menos no como la primera vez.

—¿La abuela no habló contigo antes de casarte?

—Muy poco. Yo era una joven inocente, de pueblo y no tenía ni idea. Ella solo me dijo que me dejara llevar en todo por él. Bastante bien me porté.

Amira estaba aterrada, quizá por lo gráfica que resultó la explicación de la experiencia de su madre.

—Por lo menos si fuera con un hombre que te gustara—suspiró.

Leila se volvió al ropero y trajo una especie de sábana pequeña, blanca como la nieve. Se la entregó.

—¿Es eso mi...?

—Sí es el tuyo—le dijo, extendiendo el paño—. Antes que tu esposo entre a la habitación, lo pondrás sobre la cama. Cuando te acuestes, puedes ponerlo debajo de las nalgas. Cuando tu marido haya entrado a ti, él se apartará un momento para te seques la sangre con el paño. A veces la

seca él. Lo importante es mancharlo.

—No me encuentro muy bien, madre. Tal vez debería tratar de dormir un poco.

—Está bien, puedes irte a tu cuarto. Lo siento si he sido demasiado cruda. Es mi deber de madre. Esta conversación solo tiene lugar una vez en la vida.

Amira salió de la habitación.

Al entrar, miró al vestido de novia colgado en su armario. Ya no le parecía hermoso, sino una jaula de encaje, caftán y tul. ¿Cómo era posible que sus gustos, sentimientos y preferencias no fueran tenidas en cuenta para nada y solo sirviera como juguete de un hombre? ¿Quién había sido capaz de diseñar una noche de bodas de forma tan cruel? ¿Por qué no podría ponerse de acuerdo con su esposo, de modo que ambos disfrutaran de aquel momento tan importante?

Entonces su madre volvió a entrar.

Olvidaba darte una buena noticia. Tu prima Yara me ha llamado. Vendrá a tu boda. Llegará mañana temprano. Se quedará contigo en tu cuarto hasta la ceremonia.

Al oír el nombre de Yara, el corazón de Amira dio un vuelco de alegría. No se veían desde que eran niñas. Yara vivía en El Cairo, y no solo era una chica de la capital, sino que había estudiado en Barcelona. Le llevaba cinco años. Ahora podrían hablar de muchas cosas.

Instrucciones masculinas para la noche de bodas

Halim y Kamal conversaban a la sombra de un algarrobo, después de acabar sus labores.

Falta menos de una semana para la boda y quiero explicarte algunas cosas.

—Nooo hace falta paapá—dijo tartamudeando.

—A ver, escúchame hijo. La noche de bodas debes ducharte. Esperarás en el salón del varón, para que la novia se prepare. Cuando ella haga sonar la campanita, entrarás.

—¿La campanita?—preguntó frunciendo el ceño.

—Es una costumbre local. No lo hacen en todos los lugares.

—Y, ¿qué hay que hacer cuando entre? —le preguntó a su padre, con los ojos tan abiertos que parecía que se le iban a salir.

—Te acercas a ella y le quitas la ropa, después te desvistes tú. Asegúrate de que ella haya puesto el "*mandil*" blanco debajo de ella. Eso no se te puede olvidar.

—¿Paaara qué hay que pooner ese trapo? —y el tono de su voz subió, porque estaba nervioso.

—Ahora te explico. Cuando entres a la alcoba, no te demores. Ve directo al grano. La acuestas sobre la cama, le abres bien las piernas, te acuestas sobre ella. Le colocas tu miembro en el centro del "*kis*" y empujas lo más fuerte que puedas. Tienes que hacerlo rápido y con mucha fuerza, para que sangre. No la dejes que se eche ningún lubricante, porque si lo hace, pudiera no sangrar. Y lo de no demorarte, es para no darle tiempo a ella a que se le humedezca. Cuando las mujeres están en la cama con un hombre, el "*kis*" se les moja y si eso ocurre, tu miembro entra más fácilmente, y la posibilidad de que sangre es menor. Por eso, la primera vez no puedes darle tiempo. Mientras más seco, mejor.

Entonces, cuando ya la hayas penetrado, entras y sales de ella cuatro o cinco veces, tienes que hacerlo muy fuertemente. Miras la sangre que pueda estar en su intimidad, o en la parte de adentro de sus muslos, o en tu miembro, y con el "*mandil*" la limpias y lo pones a un lado, y sigues.

Y nunca jamás la penetres por el ano. Es una gran abominación. Ni tampoco cuando tenga su período menstrual. No puedes olvidarte de esas cosas.

—Y ¿si no se quiere dejar? —preguntó nervioso.

—Se va a dejar, porque las madres hablan con ellas y les explican todo eso. Y después que han pasado por eso, hasta llega a gustarles.

—Pero, ¿si no quiere de ninguna forma? —insistió.

—Solo podemos pegar a una mujer por su bien, y hacerlo de manera liviana. Primero te pones serio y le ordenas que se esté quieta. Si sigue intranquila y no se deja desflorar, entonces le das dos bofetones. Uno con la palma de la mano y el otro con el revés. En cada mejilla. Rápido. Después la sujetas fuerte por el pelo y le dices que se tranquilice. Normalmente cuando la mujer ve el peligro, que sabe que le vas a volver a dar, o que no puede aguantar que le sigas tirando del pelo, se queda quieta. Entonces le abres las piernas. Cuando logres penetrarla, se

relaja. Siempre es así.

—Y, ¿si grita? —los ojos de Kamal se le querían salir.

—Déjala que grite. Eso es normal —ríó—. Tú no le hagas caso y sigue adelante. Si la familia que está afuera la oye, ya sabrá por lo que grita...ja...ja—sus carcajadas resonaban en aquella parte del campo.

—¿Qué hago cuando termine?

—Cuando ya hayas vertido tu "*armaniu*" (simiente), dentro de ella, te vistes, tomas el "*mandil*" manchado de sangre y sales fuera tú solo, donde estarán todos esperando. Subes el brazo, y lo ondeas con tu mano derecha como señal de victoria. Pasas un rato con ellos y después vuelves a entrar a la habitación.

Y allí pasarán toda la noche. Podrás poseerla cuantas veces te venga en ganas, y después de la noche de bodas también .. ja. ja..ja.. —una carcajada perversa resonó otra vez, y una larga algarroba cayó en medio de ellos.

Halim se levantó y echó una mano a su hijo, para que él también lo hiciera. Ambos fueron a recoger sus aperos de labranza. Era hora de volver a casa.

La prima Yara

La llegada de Yara fue una bendición para la familia que estaba inmersa en ultimar los preparativos para el enlace matrimonial. Sería una boda sencilla. Lara resultó muy útil, pues era una chica con muchísimas ideas y un gusto muy refinado.

La segunda noche que pasaron juntas, Amira y Yara ya habían recuperado la complicidad y la confianza que llegaron a tener durante su niñez, en el tiempo que vivieron cerca, hasta que su tía, una mujer viuda, se casó con su padrastro, un hombre de excelente posición económica, y muchísima influencia, aún en las altas esferas del gobierno, en Egipto.

La antigua habitación, color azul claro, tenía una pequeña ventana, la cual estaba cerrada a esa hora de la noche. El viejo ropero se levantaba hasta el techo. En una de sus cuatro partes, su madre guardaba recuerdos de tres generaciones, artículos antiguos que no cabían en el suyo propio. Un discreto olor a naftalina inundaba la habitación.

Amira decidió abrirle su corazón.

—Mañana será mi boda, y me siento la mujer más desdichada del mundo.

—Cuéntame todo prima—le dijo Yara, acariciándole el pelo.

Amira le explicó todos los detalles, le habló acerca de la razón por la cual se había concertado el matrimonio, y también acerca de las características de Kamal.

—No me gusta Yara. Te juro que no me gusta. ¿Tú no tienes novio todavía?

—Ni tengo ni quiero novio ahora.

—Mi madre me estuvo explicando cosas horribles de la noche de bodas.

—Es que lo que hace horrible la noche de bodas son esas costumbres y tradiciones que no tienen ningún sentido. La mujer es como un animal que llevan al matadero. Y el esposo es el carnicero, y a veces también el matarife.

—No quieras tú saber lo que se siente la noche antes. Dice mi madre que tendré que soportar mucho dolor. Y que voy a sangrar—confesó alterada—¿no tienes miedo, cuando te toque a ti?

—Acerca tu oído, que te voy a decir un secreto—Lara atrajo la oreja de su prima y le susurró—yo no soy virgen. Ya lo hice.

—No te lo puedo creer—Amira abría los ojos más y más—. ¿Qué ya lo hiciste?, ¿sin casarte?

Lara le hizo señas para que bajara la voz.

—Cuéntame todo. ¿Cómo sigues viva todavía? Aquí en el pueblo, si una chica lo hace sin casarse ...—vaciló un momento—, bueno, tal vez no la maten, pero casi que sería mejor, para el futuro que le espera.

—Fue en Barcelona. Sabes que estudié allí. Allá todo es tan diferente. Me enamoré de un chico español. Un día me llevó a un hotel, y allí me entregué a él.

—¿Te gustó? —preguntó dudosa—es que no logro imaginar que eso pueda salir bien, de acuerdo a lo que mi madre me contó.

—Bueno, sí, porque yo quería estar con el chico, me gustaba y yo lo amaba. La primera vez no tanto, pero después siempre me gustó y siempre llegaba al orgasmo.

—¿A dónde llegabas? —Amira pensaba que se refería a un lugar.

—A sentir satisfacción, placer. Es una sensación muy agradable. Una cosquilla intensa que sientes aquí abajo—dijo señalando a su entrepierna —, es algo que no se puede describir con palabras. Hay que sentirlo. Igual que cuando te masturbas.

—¿Qué es eso?—nunca he oído esa palabra.

—Es algo que las chicas hacemos, bueno y los hombres más. Es simplemente frotarnos el "kis" con los dedos, hasta llegar al orgasmo. ¿No lo has hecho nunca?

Amira se sonrojó.

—Sí, de forma inconsciente sí. A veces, cuando estoy en mi cama, y también con el chorro de la ducha, pero nunca he sentido nada de eso que dices. Solamente que es algo agradable.

—Porque paras. Tienes que seguir. A veces demora un buen rato. Tienes que estar sola y concentrarte. Y no parar. Tu cuerpo te avisará que va a llegar esa sensación. Entonces, cuando sientas que va a llegar, no puedes parar y enseguida llega. Prueba como yo te digo, y verás que no te vas a arrepentir —. Yara río.

—Tú sabes muchas cosas Yara. Yo no sé nada.

—Te entiendo. Lo mismo me habría ocurrido si no me hubiera ido del pueblo.

—Oye, por cierto, ¿guardaste el "mandil" con la sangre, cuando lo hiciste la primera vez?

—¡Qué va! Si no hubo sangre. Además, esa costumbre solo permanece en los pueblos de campo. De hecho, en la capital ya prácticamente nadie lo hace. Cuando lo haces por primera vez, si hay sangre, te lavas y punto.

—¿Y qué vas a hacer cuándo te cases y vean que ya no eres virgen? Si lo dices nadie se casará contigo.

—Eso de la virginidad ya no se mira en la mayoría del mundo. De todas formas, no pienso casarme aquí en Egipto. En los países de Occidente tienes muchísimos derechos, aquí prácticamente una mujer no tiene protección ninguna. Allá los matrimonios no los conciertan los padres. Cada uno es libre de hacer lo que crea. Cada cual es libre de casarse o no. Si no eres virgen, nadie te llevará al médico, ni al juez.

—Pues aquí estamos fastidiadas. Dime tú qué puedo hacer.

—Amira, por ahora no tienes opción. Creo que tendrás que casarte. Sabes que después de establecido el compromiso, y con lo que me has contado de la deuda de tu padre, no es fácil romperlo. No solo por él. Te pueden incluso matar.

—Ya, yo lo sé.

—Te voy a dar el número de teléfono de mi casa en El Cairo. Espero que sigas en contacto conmigo. Aunque sea desde un teléfono público. Ojalá pueda ayudarte más adelante.

Amira anotó el número y lo guardó. Poco después se durmieron.

Noche de bodas

La boda se celebró en la fecha prevista en la mezquita del pueblo. Las fiestas solían durar varios días, en dependencia de las posibilidades económicas de las familias de los novios. En su caso solamente duró dos días.

El primer día lo dedicaron a la ceremonia y a una comida familiar.

Amira llevaba un precioso vestido de caftán y las joyas que le había regalado su prometido.

Luego vino la ceremonia del "Katb el-ketab", donde la pareja firmó para formalizar su matrimonio ante el "mazoun", la persona autorizada para estos fines. Después el intercambio de anillos piramidales. Finalmente todos se fueron a la casa.

Es costumbre que, en esa noche, el novio duerma con el hermano de la novia. Sin embargo, el hermano de Amira no pudo llegar a tiempo para la boda.

El segundo día se celebró un banquete más amplio aún, y se invitaron amigos y parientes. Cuando llegó la noche, la habitación de los recién casados estaba preparada.

Habían pintado y decorado dos cuartos en la casa de la familia del esposo, donde vivirían provisionalmente hasta que pudieran independizarse.

Aaliyah, la madre de Kamal, le explicaba a Leila como se harían las cosas.

—Tienen dos habitaciones y un baño para ellos—dijo señalando a la entrada—. Como ves, he puesto varios asientos en la parte de afuera, de modo que la familia cercana y los parientes puedan esperar hasta que se

produzca la consumación y mi hijo nos muestre el mandil manchado de sangre.

Leila entró a dejar la bata y la ropa interior que llevaría su hija. Minutos después llegó la novia. Todos aplaudieron. Seguidamente entró a la habitación, donde fue recibida por su madre.

— Buena suerte hija. Todo saldrá bien —le dijo al abrazarla.

Minutos después el novio entró a la habitación contigua. Su madre le recibió con un abrazo.

Les comunicaron que tendrían media hora para prepararse. Al cabo de ese tiempo, Amira hizo sonar la campanilla.

Kamal entró a la alcoba nupcial, y las madres salieron a esperar fuera, con el resto de asistentes. Algunos parientes habían llevado instrumentos musicales, para celebrar la salida triunfal del esposo.

Amira esperaba sentada al borde de la cama. Estaba muy tensa. Kamal, tan pronto cerró la puerta, se acercó a ella sin hablar, le subió la bata, le quitó el "sarawil" (braga) y se colocó entre sus piernas.

Amira, que recordaba las palabras de su madre, dejó que él se ocupara. En la mente de Kamal resonaban las palabras de su padre: "Tienes que ir al grano, y empujar fuerte para que sangre"

Ella no se atrevió a levantar la mirada. Cooperó con él, aunque muerta de vergüenza y de miedo, abriendo las piernas lo más que pudo.

Ella puso su mano sobre la boca, para no gritar, pues esperaba con horror el momento que su madre le había dicho, donde sentiría como que la rajaban con una cuchilla. Notaba la presión del joven, batallando por entrar. La sensación era dolorosa y lo fue mucho más a medida que pasaba el tiempo y no lograba avanzar.

Kamal, todavía encima de ella, estaba empapado en sudor. Se separaba, volvía, pero todo era en vano. No lograba penetrarla.

Una hora después de intentar consumir, se dio cuenta que era inútil. Estaba desesperado. Dio una vuelta alrededor de la cama, y se dirigió por primera vez a su esposa.

—No sé queee paaasa ... creo que looo tienesss demaaasiado cerrado—tartamudeaba—. Yo no puedo.

Amira no dijo nada.

El hombre esperó un tiempo prudencial y retomó la tarea. Amira estaba nerviosa. La erección de Kamal logró mantenerse por un rato, pero era tan inexperto y sus acometidas tan imprecisas que no lograba abrir "aquella puerta". La presión, el dolor y la tensión eran insoportables. Arremetía con tanta violencia que ella comenzó a resistirse. Se sentía mal, estaba empapada en sudor. Amira, totalmente agobiada lo apartó de sí y logró escabullirse hacia el extremo opuesto de la cama. Estaba llorando.

Habían pasado dos horas.

Entonces el joven se acercó a la puerta y llamó a su madre.

Aaliyah entró y al instante cerró la puerta tras sí, dejando fuera a Leila que hizo ademán de entrar.

—¿Qué pasa que no has salido todavía con el mandil? —apremió la señora.

—No se deja madre. He tratado durante dos horas y nada.

La suegra de la joven se dirigió a la cama.

—¿Qué sucede Amira? —. La mirada autoritaria de Aaliyah fulminó a su nuera.

Amira se cubrió como pudo—. Es que él tampoco puede, o no sabe y yo estoy muy nerviosa y tengo mucho dolor—dijo encogiéndose sobre la cama, mientras cerraba las piernas fuertemente.

—¿Dolor? —no sé por qué. El mandil todavía está blanco como la nieve.

—Es Kamal me lastima "ahí" tratando de hacerlo, y me duele mucho.

—Siéntate en esa butaca, por favor. Veré que te ha pasado.

—Amira obedeció.

La mujer abrió el ropero y cogió una pequeña caja que estaba en el estante del medio. Sacó una larga soga.

—He traído esto y pensé que no sería necesario. Agarra fuerte a tu mujer Kamal—le ordenó.

El chico se abalanzó sobre ella desde atrás, inmovilizándola.

—Suéltame Kamal, me haces daño.

—Debes obedecerme Amira —le dijo mirándole a los ojos. —Voy a resolver tu problema. Ahora sube un poquito el trasero y abre bien las piernas, así está bien. Dame tus brazos ...eso es ...sube más las piernas, pega los brazos a las piernas ...así... —Y comenzó a atarle el brazo derecho al tobillo derecho. Después le ató el otro al izquierdo—Ahora abre las piernas. Eso es. Hijo, tira fuerte del lado derecho, que yo lo hago desde este. Qué no pueda cerralas de ninguna manera. Tira duro ... así. Ya está bien sujeta.

Una vez que ya ni siquiera intentaba moverse, porque no podía, Aaliyah le dijo:

—En los tiempos de mi abuela se ataba a las esposas cobardes en la noche de bodas. Ya casi no se hace, pero contigo ha sido necesario.

—Suéltanme, voy a empezar a gritar.

—Grita todo lo que quieras. Es normal. Ya sabes lo que van a pensar los de afuera. Una virgen en el lecho nupcial. No se extrañarán. Aunque ... , espera un momento... —dijo, sacando también un pañuelo—mejor que no te escuchen chillar.

Entonces la amordazó.

—Déjame ver por qué sientes tanto dolor—le dijo mientras le inspeccionaba su parte más íntima —. Ahí no ha ocurrido nada todavía. Estás intacta. Hijo, ahora me iré a la otra habitación. Espero que pronto me muestres el mandil, y a los que están fuera, que se están preguntando por qué demoras tanto. Es nuestro honor. No lo olvides.

La señora se fue a la habitación contigua y entrecerró la puerta.

Kamal volvió a intentarlo. Amira balbuceaba, intentando hablar.

Estuvo tratando por otra media hora, pero no lo logró. La erección ocurría por un momento, y después desaparecía, imposibilitando así la penetración. Ella sentada, inmovilizada por completo en el viejo butacón, completamente expuesta y el arrodillado en el suelo frente a ella, impotente, ansioso, incapaz.

Entonces volvió a llamar a su madre.

—¿No puedes así tampoco? —le increpó.

—Nooo puedooo madre. El miembro se pone duro y después suave y no

puedo entrar—dijo al borde de una crisis nerviosa.

Casi tres horas Kamal —dijo despectiva.

La mujer se dirigió al sofá, se agachó y se colocó frente a la novia.

—¿Dónde está el mandil?

—Aquí, en eeel sueloooo —Kamal se lo alcanzó.

—Ahora vuelve a la habitación y cierra la puerta.

Amira estaba aterrada. Intentaba gritar, pero la mordaza no la dejaba. Lo único que podía mover era la cabeza, y la movía frenéticamente hacia los lados, intentando decir que no.

—Déjame ver otra vez muchacha —le dijo mientras se agachaba —. La mujer abrió la intimidad de Amira con la mano izquierda. Miró fijamente por un momento. —La novia tenía dibujado en el rostro el más perfecto rictus de horror. —Espero que comprendas que esto lo hago en nombre del honor de ambas familias. ¿Te imaginas lo que podrían pensar? Que nos han dado gato por liebre, que no eres virgen para nada, o lo que es peor, que mi hijo no ha sido lo suficientemente viril como para desvirgarte.

Amira intentaba moverse, en vano.

Llevó el brazo hacia atrás y tensó el dedo corazón y el índice de su mano derecha, unidos, los acercó a la intimidad de la chica y palpó su membrana.

—Espero que sepas agradecer lo que voy a hacer por los dos—le dijo, acercando su rostro al de la chica.

Entonces, mirándole a los ojos, presionó con fuerza, una, dos, tres, cuatro veces. Con su mano izquierda cogió el mandil y limpió toda la sangre.

Amira se había desmayado.

—Ya puedes salir Kamal. Coge el mandil, que la familia lo vea—le dijo, mientras se incorporaba—. Al regresar la desamarras y que se lave. Ya está volviendo en sí.

Amira abrió los ojos.

—Ya ves, no ha sido nada. Ya eres una mujer—le espetó, mientras se

limpiaba los dedos.

Los gritos de júbilo de los familiares se oían en toda la calle, unido al claxon de algunos coches. Tan pronto Kamal mostró el paño manchado de sangre, comenzaron a danzar y a tocar los instrumentos musicales que habían llevado.

El joven se unió a los asistentes por un rato. Bailó y bebió Sharbat, una bebida no alcohólica, hecha a base de frutas y pétalos de flores.

Un rato después volvió a la alcoba nupcial. Había olvidado desatar a su esposa.

Dos años después

Amira no había tenido hijos. Durante aquel año había sufrido dos duros golpes. Poco después de la boda, murió su padre. El mismo día que lo enterraron, su madre comenzó con una depresión que no la abandonó hasta el día de su muerte acaecida un año después.

Al morir sus padres, Kamal y Amira se mudaron a la que había sido la casa de ella de toda la vida. El cambio fue bueno en parte, ya que pudo alejarse, aunque fuera un poco, de su suegra Aaliyah, que no desperdiciaba ocasión para hacerle la vida imposible.

Sin embargo, ahora estaba viviendo sola con Kamal. Y eso no era bueno. Su marido, si así se le pudiera llamar, era un hombre muy violento. Apenas le dirigía la palabra, y cuando lo hacía era para recriminarle algo, regañarla u ofenderla. No pasaba una semana sin que hubiera empujones, tirones de pelo, manotazos y bofetadas.

En las noches Amira se acostaba junto a él. En los primeros días, después de la boda, en varias ocasiones intentó estar con ella, pero nunca consiguió una erección que le permitiera consumir el acto. Poco después dejó de intentarlo. Jamás volvió a tocarla.

Quizás por los hechos acontecidos en la noche de bodas, o tal vez por alguna otra razón. Lo cierto es que aquel matrimonio nunca había llegado a consumarse.

Yara, su prima, regresó después de la boda a la capital. Se llevó, en secreto el pasaporte de Amira, el cual ella le dio secretamente.

La vida era muy difícil. Kamal había extremado la vigilancia sobre la chica. Solo le tenía permitido ir a la plaza del mercado y a casa de su suegra.

A principios de aquel año, había llegado a la zona una compañía telefónica que, por un precio razonable, instalaba teléfonos fijos. Tanto Kamal como

Halim instalaron sendos aparatos en sus hogares.

Desde hacía tres meses Amira se comunicaba en secreto con su prima Yara, que vivía en El Cairo. Habían acordado que ella llamara siempre cuando Halim estaba en el campo.

Aquella mañana, mientras estaba enfrascada en las labores de limpieza de su casa, sonó el teléfono. Era Yara.

—¿Podemos hablar, prima? —le preguntó por precaución, dado que su suegra u otra persona podría encontrarse en el hogar.

—Sí, estoy sola. Déjame cerrar la puerta, por si acaso—se aseguró de tener una privacidad total—. Ahora dime.

— Lo que hablamos está resuelto.

Amira quería saltar de alegría. Le parecía mentira.

—Mi padrastro, que como sabes tiene contactos en niveles altos, no solo te ha conseguido una visa para que viajes conmigo a España, sino que además te ha conseguido un contrato de trabajo en una de sus empresas, para que no estés ilegal allá.

Por primera vez en aquellos dos años Amira sentía que quería cantar, danzar, gritar de alegría. Aquello era tan bueno, que le parecía un sueño.

—Nunca podré agradecerles lo suficiente.

Coordinaron todos los detalles y enseguida se despidieron. No querían correr riesgos.

Sin embargo, todavía quedaba la parte más difícil. Escapar de Kamal, sin levantar sospechas. Y aquello no sería fácil.

Hacia la libertad

El vuelo que llevaría a Amira y a Yara hacia España, saldría en la tarde del 2 de diciembre de 1998 del aeropuerto de El Cairo, a casi 800 kilómetros de Qasr al-Farafra. En realidad, era un poco menos, pero la ausencia de carreteras apropiadas ralentizaba el viaje, haciendo el camino mucho más largo.

Amira no llevaba siquiera una maleta de equipaje. No podía levantar sospechas. Solamente un vestido que Yara le había regalado, dos años atrás en un pequeño bolso de mano.

La noche anterior había hablado con su marido, y le había pedido permiso para ir al pueblo vecino en la mañana, a visitar a la doctora de la familia.

Al amanecer, poco después que Kamal saliera a trabajar con su padre al campo, Amira tomó sus documentos y seis mil libras egipcias, unos 110 euros, del dinero de su marido. Con ello, y mucha suerte, podría reunirse con su prima en la capital.

Yara la esperaba con su pasaporte visado. Y el pasaje, el cual ella misma le había comprado.

Cuando Amira llegó a la localidad vecina, donde se encontraba el pequeño centro médico, en el que dos años atrás le habían hecho la prueba de virginidad, caminó en sentido contrario, hasta una pequeña terminal de autobuses. Por suerte allí nadie la conocía.

Al llegar, preguntó en voz baja al empleado de la oficina de tickets, cómo podría llegar a El Cairo. Entonces supo que serían 10 horas de viaje. Tomando el minibús que saldría en diez minutos, desde allí hasta el oasis de Farafra, haría dos horas, para llegar justo a las 12:00 de la mañana, media hora antes de que saliera el único autobús del día hacia la capital. Aún así, era muy peligroso. Kamal solía llegar a casa para comer sobre las 12:00 de la mañana. Necesitaba alejarse lo antes posible, pero no dependía de ella.

Amira compró los pasajes, subió y se sentó en el último asiento. Mientras más rápido se alejara de su pueblo, menores serían las posibilidades de que alguien la conociera. No era usual que una mujer viajara sin su padre o su marido.

La terminal de Farafra era minúscula. Solamente había tres personas esperando. Amira se sentó en uno de los dos bancos, y se ajustó el hiyab, tratando de cubrirse lo mejor posible.

A las dos de la tarde, el autobús que debía haber salido al mediodía apareció, avanzando lentamente hacia el punto de salida. Mostró el pasaje al conductor, y caminó nuevamente hacia el fondo.

Cuando arrancó, solamente había cinco pasajeros dentro. Tendría que recorrer un largo camino.

Cinco horas después comenzaba a anochecer. Amira sintió que frenaba.

Entonces dos policías se acercaron. Podían estar buscándola. Seguramente su marido había dado parte a las autoridades del pueblo y estas se habían comunicado con las fuerzas del orden de los lugares

cercanos.

Rápida como una flecha, entró al baño, un segundo antes de que los agentes de la ley subieran. Con el corazón en un puño oía voces, pero no podía identificar con exactitud lo que decían, pues hablaban muy bajito. Al poco rato sintió que el bus reemprendía la marcha. Entonces salió y respiró aliviada.

Las sombras de la noche habían caído sobre la carretera. El chofer detuvo la marcha y se dirigió a los pocos pasajeros, explicándoles que el bus estaba roto. Con trabajo intentaría llegar a una pequeñísima localidad de apenas diez o doce casas, que quedaba a unos pocos kilómetros.

Amira estaba asustada. Al llegar bajó y se dirigió a una pequeña parada. Los viajeros que venían detrás de ella parecían también muy contrariados.

—¿Qué podemos hacer ahora? —le preguntó a un señor corpulento, que representaba unos cincuenta años.

—Pues rogar que alguien nos pare y nos adelante el camino. Todavía estamos a 200 kilómetros de El Cairo, aunque yo me quedo mucho antes.

Justo en ese momento un pequeño camión recogía a los otros dos que se habían quedado atrás.

Ahora solo quedaban Amira y aquel desconocido. El bus en que venían había seguido, con la excusa de encontrar un taller cercano.

La parada de autobús se alzaba solitaria en la penumbra, apenas iluminada por un farol parpadeante que teñía de un amarillo mortecino el pavimento desgastado. El viento nocturno soplaba con un gemido suave, arrastrando hojas secas que crujían bajo su propio peso, dibujando círculos irregulares alrededor del banco de metal, fríos y oxidado por la humedad de muchas temporadas.

A lo lejos, el murmullo de un pueblo adormecido se perdía en el horizonte, apenas visible entre unos pocos árboles que parecían sombras inmóviles. No había ningún alma a la vista, solo la presencia casi palpable de la soledad, como si el mundo entero se hubiese olvidado de ese rincón apartado.

Las luces de las casas más cercanas eran apenas puntos débiles en la oscuridad, y el cielo, cubierto de nubes densas, ocultaba las estrellas, como si la noche hubiese decidido mantener sus secretos bien guardados. Allí, en ese rincón olvidado del mundo, el aire olía a polvo y melancolía, como si cada respiración estuviese impregnada de una calma antigua e inamovible, invitando a los pensamientos más profundos a desvanecerse

en el eco del vacío.

Una hora después apenas se veía nada.

—¿Qué hace una chica sola vagando por estos rumbos? —preguntó.

—Es que mi madre está enferma y voy a verla.

—¿Tienes marido? —le inquirió, sonriéndose. Era inusual que un hombre hablara con una mujer desconocida.

—Sí, pero está enfermo y no ha podido acompañarme.

El hombre se acercó aún más a la chica.

—Ya está haciendo algo de frío. Tal vez podrías acercarte a mí y darme un poco de calor. Después puedo compartir un poco de comida contigo—le dijo a media voz.

Ella lo ignoró.

Entonces él le tocó la cara.

—No me toque. No nos conocemos—le dijo temblando. Amira se puso de pie.

No había nadie en los alrededores. El hombre se abalanzó sobre ella.

—Anda, ven acá que te voy a enseñar lo que es un hombre—le dijo, quitándole el hiyab, intentando agarrarla por el pelo.

Amira se zafó de él y se alejó.

—De malos musulmanes como tú está lleno el camino del infierno. ¿No te da vergüenza abusar de una mujer?—le dijo mirándole a los ojos.

—Bueno, solo estaba ...—el maleante se sintió sorprendido con aquella frase.

Entonces se oyó el ruido del motor del bus que regresaba del taller. Amira lo consideró enviado por la providencia.

A las 6:00 de la mañana llegó a la terminal de Abdou Al Fawares, a 21 kilómetros del centro de la capital. Buscó un teléfono público y marcó el número de su prima.

—Gracias a Dios que has llegado. Coge un taxi y dile que te traiga a la dirección que te voy a dar. Lo pago yo, cuando llegues—le dijo Yara loca

de alegría.

Amira se duchó y se puso un vestido de su prima. Después dio cuenta de un buen desayuno que le había preparado la madre de la joven.

Al mediodía llegaron al aeropuerto. Pasaron los controles y abordaron el avión.

Estuvieron sentadas en el interior de la nave aérea más de una hora. Finalmente, el vuelo despegó rumbo a Barcelona.

Cuatro horas después habían aterrizado en la ciudad condal.

Sentía que había muerto y vuelto a nacer.

Tres años después Amira hablaba español perfectamente. Seguía trabajando en la empresa del padrastro de su prima y se había ido a vivir con Albert, un chico catalán, al que había conocido en un viaje a la playa de Cadaqués, en la provincia de Girona. Su hermano, que vivía en Francia, jamás se ocupó en ayudarla. Ni siquiera la fue a ver.

Supo entonces, por medio de Yara, que en su país la habían declarado desaparecida. Aaliyah, su suegra había muerto un año atrás, mordida por una cobra que se había colado en el granero.

Kamal seguía trabajando con su padre en el olivar.

En relación a la casa, todavía continuaba en poder del que había sido su marido.

Fin